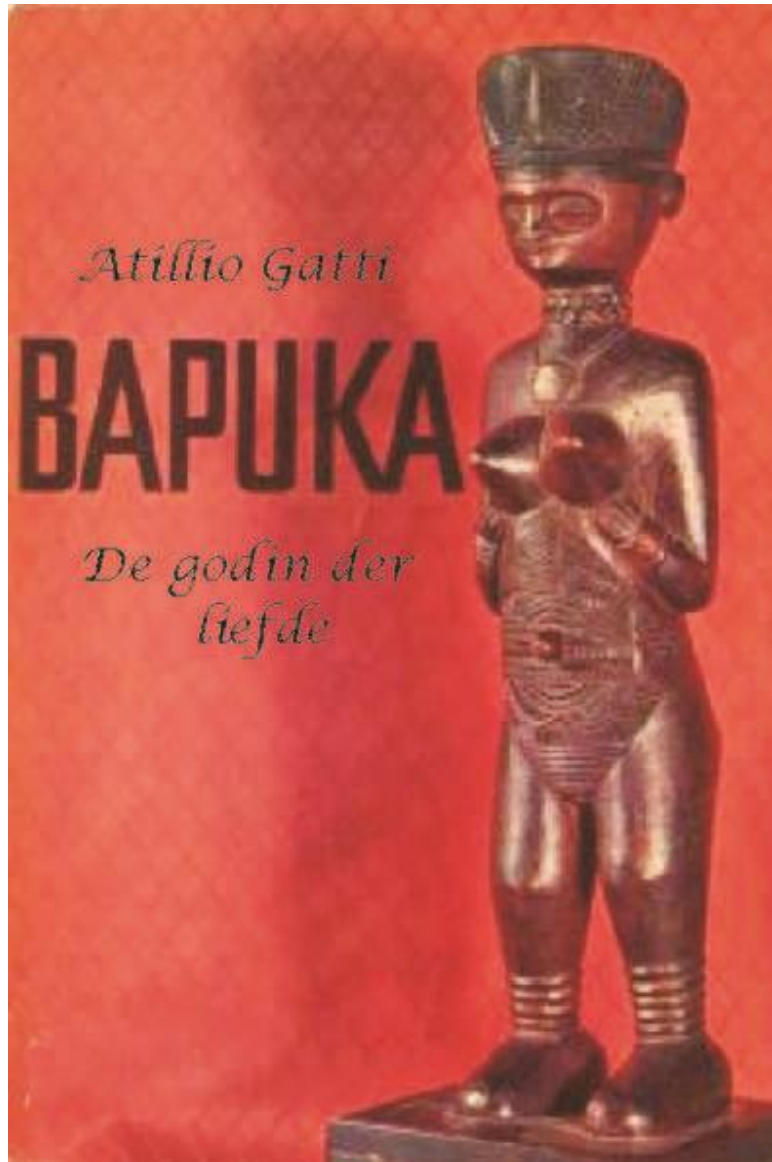


**32. Bapuka, la diosa del amor  
(31 p.).**



Este texto se actualizó por última vez el 9/11/24.

GATTI, ATTILIO: - Bapuka. Zus. 6 Bde. Zurich, Orell Füssli, 1949, 32 Photographon 10 Tafeln /152 S., El libro se resume y explica a continuación,

Gracias al editor Orell Füssli por permitirnos publicar la imagen del libro.

Haga clic en el capítulo, o sección del mismo, que desee leer.

## **Contenido**

1. Prólogo .....	3
2. Bapuka, la diosa del amor. ....	5
1. El viaje con el Kigoma.....	5
2. “¡Parle, sale cochon!” .....	6
3. “¡Capitán! ¡Hombre al agua!” .....	6
4. Gatti salva a Skaimunga .....	7
5. Todas las bendiciones de Bapuka .....	9
6. Bapuka ayuda al hombre justo.....	11
7. Un nuevo itinerario .....	12
8. Hasta Semusha, ¡no más!.....	15
9. Un viaje terrible.....	17
10. Un sueño penetrante .....	18
11. Pinturas rupestres antiguas .....	20
12. Bapuka habla.....	21
13. No sé adónde ir, Musungu.....	22
14. El humo sale de muchas cabañas.....	23
15. Bapuka también me envió sueños .....	25
16. Un montón de hojas secas de color verde pálido .....	26
17. Aún quedan palabras por decir.....	27
18. ¿Y después? .....	29
3. Epílogo.....	30

## 1. Prólogo

Attilio Gatti (1896-1969) fue un explorador, escritor y recopilador de documentales de origen italiano que viajó extensamente por África en la primera mitad del siglo XX. Miembro de la Real Sociedad Italiana de Geografía y Antropología, fue uno de los últimos grandes exploradores de este continente. Dirigió 13 expediciones a África entre 1922 y 1948.



<sup>1</sup>En YouTube se pueden ver algunas de las películas que rodó en sus viajes. En la década de 1950, cuando la pequeña pantalla en las salas de estar era todavía una rareza, sus películas sobre las tribus y la rica flora y fauna de este continente, seguían despertando gran interés.

Ellen, la esposa de Gatti, le acompañó desde su octava expedición. La décima expedición (1938-1940) le llevó a través del Congo Belga, y la undécima (1947-1948) a las montañas Rwenzori, en la frontera con Uganda. Debió de ser un espectáculo impresionante para la mayoría de los nativos, que nunca antes habían visto un coche, cuando de repente llegó a su aldea una caravana, formada por unos cuantos turismos, grandes caravanas y camiones, que poco después acamparon en una zona abierta.

El comandante Gatti fue uno de los primeros europeos en ver al entonces legendario okapi y también al prácticamente desconocido bongo, un antílope marrón de cuernos de lira con rayas blancas, y pudo capturar algunos para donarlos a un zoológico. Los africanos le conocían

---

<sup>1</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=bvPff7Zg9Lc>

como “Bwana Makubwa”, “gran jefe”, y conocía muy bien a las tribus pigmeas, watussi y masai del Congo.

En sus viajes, conoció, entre otros, a Twadekili, una chamán clarividente y dotada para la magia, que compartía su choza y su vida con su compañera... una pitón gigante. Al igual que las energías vegetales pueden curar algunas enfermedades, también, y con mayor razón, las energías animales, siempre que se sepa controlarlas.

El más bien escéptico Gatti fue testigo en repetidas ocasiones de rituales mágicos, que hoy en día difícilmente creemos posibles, y que él, con el ojo y la pluma de un observador escéptico pero practicante, escribió fielmente. Son -todavía- raros y valiosos testimonios de culturas perdidas, pero tan ricas, que hasta entonces habían desafiado a los siglos.

Gatti escribió muchos artículos y libros sobre los pueblos indígenas al sur del ecuador, a menudo conociendo su lengua y teniendo muy buenos contactos con jefes locales y magos, entre otros. Filmó la vida africana y la registró en varias películas y en más de 53.000 fotografías. Sus testimonios contienen valioso material científico y antropológico de muchas culturas en su entorno original e intacto. Se trata de culturas que, tras el contacto con la civilización europea occidental y norteamericana, prácticamente han desaparecido.

Hemos traducido del alemán su cautivador libro, titulado “Bapuka”, lo hemos abreviado y recontado a nuestro modo, añadiendo breves explicaciones aquí y allá. Gatti, que por aquel entonces residía en Estados Unidos, lo escribió en inglés. Es curioso que nunca se publicara en ese idioma. Posiblemente, tales experiencias y descripciones son “demasiado paranormales” y demasiado sospechosas para el “ilustrado” ciudadano estadounidense.

## **2. Bapuka, la diosa del amor.**

### **1. El viaje con el Kigoma**

Noviembre de 1928, el coronel Attilio Gatti, junto con sus compañeros de viaje, se hallaba a bordo del “Kigoma”, un viejo vapor aún propulsado por ruedas, que antaño había navegado por el Mississippi. En 1907, una empresa belga lo compró de segunda mano, lo desguazó y lo transportó por el Atlántico hasta Matadi, en el Congo Belga. Las piezas se transportaron después a través de las montañas de cristal y se volvieron a ensamblar en los astilleros de Leopoldville. Con ello, el Kigoma se había convertido en el orgulloso buque insignia de la flota congoleña y proporcionaba una serie de conexiones en el río Congo.



El barco tenía cuatro cubiertas. La cubierta más baja estaba reservada a los pasajeros que viajaban en clase 3<sup>de</sup>, en la cubierta inmediatamente superior, los pasajeros que viajaban en segunda clase disponían de un poco más de comodidad, y la cubierta superior estaba reservada únicamente a los pasajeros de primera clase. La cuarta cubierta era mucho más corta y estaba construida en el castillo de proa. Allí vivía el capitán belga, un Fleming de hombros anchos, con su esposa nativa. Desde allí, seguía el rumbo del barco en sus numerosas cartas de navegación, se peleaba con un sinfín de documentos oficiales y también vigilaba si su timonel nativo hacía bien su trabajo.

Aún era temprano por la tarde. El sol tropical quemaba sin tregua. Gatti se encontraba en la cubierta de la primera clase, preguntándose si no estaría mucho mejor echándose la siesta habitual en su camarote, en vez de pasear por aquí con su cámara, con la esperanza de sacar buenas

fotos de los numerosos cocodrilos e hipopótamos que se deslizaban por los bancos de arena hasta el agua.

### **“¡Parle, sale cochon!**

De pronto le llamó la atención un alboroto procedente de la cubierta inferior, la de los viajeros de tercera clase. Eran demasiados en un espacio demasiado pequeño. Un hombre blanco, pequeño y viejo, parecía especialmente enfadado con uno de sus dos hijos. Gatti recordó que, el día anterior, aquel hombre había zarpado en barca de remos desde un afluente del Kigoma con mucho equipaje, incluidas las cajas de madera que ahora se amontonaban en la popa.

Este hombrecillo rugiente parecía haber perdido todo autocontrol. Se le oía maldecir y despotricar. ¿Qué había ocurrido? Algunas de las cajas se habían caído debido al balanceo del barco, las tapas de algunas se habían salido y, para regocijo general de los pasajeros, varias botellas de cerveza rodaban de un lado a otro del barco mientras sus muchachos intentaban evitar que cayeran al agua. Sin embargo, el hombre no lo había entendido así. Hirvió de ira y regañó a sus dos muchachos: “Si se os cae una sola botella al agua, os romperé los huesos del cuerpo”.

Reforzando sus palabras, sacó un látigo. Se oyeron golpes en la espalda desnuda de uno de los chicos, seguidos de un gemido suave pero repulsivo. Sin piedad, los azotes continuaron durante un rato. Entonces, ronco de rabia, exclamó: “¡Parle, sale cochon!

Todos los viajeros quedaron profundamente conmocionados. La conmoción había llamado también la atención del capitán. Éste había aparecido de repente en la cubierta inferior, agarró inmediatamente al anciano por el cuello y le dijo amenazadoramente que se comportara, que fuera inmediatamente a su camarote y se quedara allí hasta que le dieran permiso para abandonarles. Sin embargo, esto no fue en absoluto del agrado de este viejo francés. “¡Parle, sale cochon!” gritó de nuevo a uno de sus muchachos. Y de nuevo el látigo restalló en la espalda desnuda del chico, de nuevo sonó un suave gemido. Esta vez había sido demasiado para el pobre muchacho.

### **3. “¡Capitán! ¡Hombre al agua!”**

Completamente desnudo y cubierto de sudor y sangre, corrió hasta el borde de la barca y saltó al río, que estaba repleto de cocodrilos. Gatti, que aún sostenía su cámara, apretó el disparador por reflejo, gritó lo más

alto que pudo: “¡Capitán! Hombre al agua!” y corrió rápidamente a su camarote, de donde reapareció unos segundos después, con el fusil listo para disparar.



Vio al pobre muchacho negro luchando desesperadamente contra la corriente, pero también vio cómo ya dos cocodrilos se acercaban al chico. Sin dudarlo, Gatti disparó dos veces a uno de los animales, recargó rápidamente su arma y mató al otro. Volvió a llamar al capitán: “Detén el Kigoma, la corriente es demasiado fuerte para el chico”. El barco se detuvo. De repente, un nativo de la cubierta inferior dio una orden y varios nativos saltaron al agua sin dudarlo y nadaron hasta donde se había visto por última vez la calva del chico. Justo a tiempo pudieron agarrarlo y poco después el cuerpo medio inconsciente, sangrando por el pecho y la espalda, fue izado a bordo.

Un poco más lejos, en el agua, se produjo una feroz pelea. Privados de su presa humana, otros cocodrilos empezaron a devorar a sus dos congéneres muertos con violentos movimientos de forcejeo y giro ya

#### **4. Gatti salva a Skaimunga**

El muchacho negro se recuperó un poco de su salto desesperado al agua. Cuando vio a Gatti, le saludó respetuosamente. Dijo que se llamaba Skaimunga, un nombre poco corriente para alguien que viajaba por el Congo. Su gratitud hacia Gatti era especialmente grande. Sí, dijo, su vida pertenecía ahora a su salvador blanco, y además podía disponer de ella como quisiera, añadió Skaimunga. Incluso dijo que tenía muchas ganas de trabajar para el hombre blanco desde el momento en que su deuda con su actual jefe, el francés, quedara saldada por completo.

Gatti preguntó a Skaimunga cómo era posible que estuviera en deuda con su patrón, después de todo, era él quien trabajaba para el

anciano y, por lo tanto, tenía que ganarse un sueldo. Skaimunga le debía la respuesta. Llevaba años trabajando para aquel francés y, según le dijo, nunca había recibido un salario real, dinero de verdad, sino sólo algunas baratijas sin valor, de vez en cuando un poco de tabaco, ahora una manta, ahora una camisa barata o un par de pantalones cortos viejos. Además, el hombre amenazaba con entregar a Skaimunga a la policía si le dejaban antes de saldar todas sus deudas. En resumen, pronto quedó claro para todos que el francés utilizaba y maltrataba a los dos chicos como esclavos.

Gatti quedó especialmente fascinado por las sinceras respuestas de este joven. ¿Quién era ese tal Skaimunga? ¿De dónde venía? ¿Por qué, con su cráneo afeitado, tenía un aspecto tan diferente al de cualquier otro habitante del Congo Belga conocido? ¿Y qué significaban esos curiosos y extraños tatuajes de su cuerpo? ¿Cómo había acabado un chico tan recto siendo esclavo de un jefe tan brutal? Cuando Gatti pedía más explicaciones al chico, éste respondía una y otra vez: “¡No lo sé! Simplemente no lo sé”. Gatti creía que tenía unos 25 años. El propio Skaimunga no lo sabía, ni sabía dónde había nacido, ni quiénes eran sus padres, ni a qué tribu pertenecía. Tampoco sabía quién le había puesto esos tatuajes en el cuerpo ni qué significaban. No sabía cuándo ni cómo se había unido al servicio de su tan brutal amo

Tampoco entendía por qué su amo, que se emborrachaba habitualmente, le gritaba entonces: “¡Parle, sale cochon!”. ¿Qué quería realmente averiguar éste de él? ¿Y por qué entonces el hombre le golpeó tan salvajemente? “Dime dónde puedo encontrar el oro, la plata y los diamantes de tu tribu . Habla, cerdo asqueroso!” rugió entonces el francés. Y al oír esto, arremetió contra Skaimunga. Pero, ¿qué podía responder el joven negro? Marfil, lo sabía, pero ¿oro, plata, diamantes, esmeraldas? ¿Qué era eso? Convencido de que Skaimunga podía pertenecer a una u otra tribu rica, pero negándose deliberadamente a decirlo, y temiendo que otros buscadores sospecharan lo mismo, el francés tal vez le había afeitado la calva. Porque la forma distintiva en que este muchacho llevaba el peinado podía delatar a los demás sobre su pertenencia a alguna parte. “Pero”, preguntó Gatti a Skaimunga, “¿no puedes decirme al menos dónde está la tierra de tu padre? ¿Y cómo la dejaste atrás?”



Ante la insistencia de Gatti para que contara entonces algo sobre el pueblo natal de su tribu, Skaimunga respondió simplemente: “Allí es donde nací”, señalando hacia el suroeste, “Lejos, muy lejos de aquí. Lo único que recuerdo vagamente son los lamentos de muchas mujeres, hombres furiosos con largas ropas blancas que habían llegado a nuestro pueblo, el traqueteo de las cadenas, el sabor de las lágrimas amargas. Mataron a mi madre cuando yo era muy pequeño. Aún recuerdo su cuerpo frío y rígido. La mano áspera que me arrancó de sus brazos y me golpeó hasta dejarme inconsciente. Juro que esto es la verdad, lo juro por el santo nombre de Bapuka.

“Bapuka”. La extraña palabra había desaparecido. Ese nombre no significaba nada para Gatti, absolutamente nada. Pero cada vez se sentía más fascinado por aquel chico tan peculiar.

### **5. Todas las bendiciones de Bapuka**

Cuando el capitán pensó en entregar todo el asunto a la policía de Leopoldville, Gatti, en una súbita inspiración, preguntó si él mismo podía tomar a Skaimunga bajo su tutela. El capitán pensó un momento y respondió que el muchacho debía quererlo él mismo, y que entonces Gatti debería llegar a un acuerdo con el francés. Skaimunga no daba crédito a lo que oía. Por supuesto que no quería nada más que eso. Por supuesto que quería trabajar para su salvador. Y en cuanto a la deuda con su patrón: como mucho ascendía a un solo dólar. Gatti no dudó un instante y puso ese dinero en manos del francés. Como si éste no comprendiera lo que ocurría, rompió el billete en pedazos, lo tiró al suelo y escupió sobre él, sin decir ni una palabra más.

Gatti prometió a Skaimunga que le compraría mantas y ropa decente a la primera oportunidad y ordenó al cocinero del barco que preparara otra buena comida para su protegido. Por último, aconsejó al muchacho que se olvidara de aquel hombre malo y de todo lo que había hecho y que descansara de una vez. “Descansaré y olvidaré”, aceptó Skaimunga. “Entonces volveré a ser fuerte y trabajaré con gusto para ti. Porque no sólo eres mi buen amo. Sino que con lo que has hecho, también has sido como un padre para mí, y que todas las bendiciones de Bapuka te guíen.”

“Bapuka”, se repitió Gatti. “Bapuka” Era la segunda vez que Skaimunga pronunciaba ese nombre. Tal vez se tratara de un espíritu o de algún tipo de dios del bosque, pensó. La sirena del Kigoma bramó tres veces. El barco volvió a ponerse en marcha.

Dos días después, el Kigoma atracó en Leopoldville. Para Gatti y sus ayudantes, se convirtió en un momento de mucho trabajo. Había que descargar todo el equipo, gestionar los trámites administrativos con las autoridades y buscar a sus 20 ayudantes, que le habían acompañado en sus viajes anteriores y a los que esperaba reclutar de nuevo aquí. Tras varios días más de ajetreo, había distribuido a cada uno de sus ayudantes y a sus muchachos su ropa y sus mantas y les había explicado cuál sería su cometido a lo largo de la expedición hasta las localidades de Chitadi, Kanda, Bukama, Elizabethville y, por último, hasta la frontera con Rodesia.

Las autoridades habían dicho a Gatti que la carretera era algo difícil de recorrer, pero pronto resultó que algunas partes de esa carretera simplemente no existían, y tuvieron que guiar su caravana motorizada entre montañas escarpadas, a través de arroyos -los puentes simplemente no existían-, a través de selva virgen y zonas traicioneras de arena, rocas y barro. La suspensión de los numerosos coches cargados sufría mucho, se rompía aquí y allá y había que cambiarla, los coches se atascaban y había que sacarlos. Los camiones se hundían en el barro y había que descargarlos completamente antes de empujarlos de nuevo a terreno seguro. Cuando por fin llegamos a Sakania, la frontera entre la provincia más meridional del Congo Belga y la más septentrional de Rodesia del Norte” (nota: la actual Zambia), cuenta Gatti, “yo era una terrible ruina cansada”. Sus cuatro compañeros y los africanos no estaban mejor. Por eso, en cuanto hubieron pasado todo nuestro equipo por la aduana, decidió acampar cerca de la ciudad de Ndola. Una vez allí, se quedaron unos 10 días para descansar un poco antes de empezar su nuevo safari”.

Y de nuevo tuvo tiempo de pensar un poco en Skaimunga. La tarea que Gatti le había encomendado, en cuanto salieron de Leopoldville, era abastecer a todo el campamento con abundante carne fresca. Para alguien tan familiarizado con la naturaleza, ésta le parecía una tarea mejor que poner a Skaimunga a trabajar en alguna tienda. Y había demostrado que cumplía su tarea de forma excepcionalmente obediente,

completamente fiable y más que adecuada. No sólo se las arreglaba para proporcionar a todo el campamento carne suficiente, un antilope, unas cuantas gacelas o un jabalí verrugoso gordo, y esto en lugares donde una persona normal cree que no encontrará caza alguna, sino que también encontraba tiempo para ayudar a construir puentes, empujar coches atascados y descargar o cargar camiones.

## **6. *Bapuka ayuda al hombre justo* .**

Un día, cuando Gatti acababa de despertarse de su siesta vespertina, Skaimunga se presentó de repente ante él con tres hermosas pintadas en cada mano. “Son especialmente para mi padre y sus amigos blancos”, dijo. Parecía agotado y cubierto de barro, sudor y arañazos. Pero sus ojos brillaban como los de un perro leal que acaba de conseguir algo de lo que su amo se siente orgulloso. Gatti calculó que había recorrido para cazar esas pintadas una distancia mayor que la que podría haber recorrido todo el convoy en un día entero, porque en la región en la que se encontraban apenas se veía caza. Sin darse cuenta, Skaimunga causó una gran impresión a Gatti. Apenas tenía ropa, era primitivo, pobre y aparentemente estaba muy solo en el mundo, mag expresó repetidamente un aprecio inusual, sincero y profundo por su nuevo patrón. “Nada que pueda hacer por mi padre es demasiado”, respondió con su modestia habitual, “y Bapuka siempre ayuda al hombre justo que tiene fe en ella”. Volvió a caer aquel nombre tan misterioso, ahora por tercera vez.

Gatti pensó un momento; seguramente la frase “el hombre justo” le sonaba de algún modo familiar. Y como por una inspiración repentina, dijo un momento después: “Skaimunga, la tribu de los Baila y Mashukolumbwe, cerca de donde el Kafue desemboca en el río Zambeze, son los únicos que se llaman a sí mismos “los hombres justos”. Adoran a una diosa a la que llaman Bapugha. ¿Es posible que tu Bapuka sea la misma? ¿Quizá entonces también seas un Baila o un Mashukolumbwe?”. Quizá dentro de unos días estemos en Kafue y por fin llegues a donde realmente perteneces y podamos dejarte allí.

Pero eso no era en absoluto del agrado de Skaimunga. Permaneció un rato en silencio frente a él, como si explorara en lo más profundo de su ser. Luego dijo lenta y mesuradamente: “No, Musungu, no conozco a la Bbaila, ni a la Mashukolumbwe. Y la diosa que me habla no es la de Bapugha ni la de Baila. Su nombre es Bapuka. Lo sé con certeza. Mi madre hablaba a menudo de ella cuando yo era pequeño. Al hacerlo,

señalaba en dirección al sol poniente y decía decididamente, aunque con cierta nostalgia: “Allí, muy lejos, es donde nací”.

Gatti estaba ansioso por ayudarlo, pero no sabía cómo. Entonces le preguntó: “¿Quizá prefieras ir solo a buscar el lugar donde naciste? Si realmente lo deseas, te daré comida y dinero, junto con una carta para todos los musungu blancos que encuentres en tu camino pidiéndoles que te ayuden.” “No, musungu”, respondió Skaimunga en tono seguro de sí mismo. “Bapuka quería que tu camino se cruzara con el mío. Me dijo que tenemos un largo camino que recorrer juntos. Sólo cuando ella diga que nuestros caminos deben separarse de nuevo, sólo entonces debemos dejarnos”. “Entonces, ¿cómo te habla?”, le preguntó Gatti. “En mis sueños”, respondió con cierta timidez, como si sospechara cierta incredulidad por parte de Gatti. Esperó un momento y prosiguió con cierta vacilación: “Es difícil hablar de estas cosas con un musungu blanco”.

Cuando Gatti volvió con sus colaboradores un poco más tarde, volvió a plantear la cuestión. “Skaimunga siempre apunta al sur”, dijo; “pero en el mapa sólo aparece una gran mancha blanca. Es una zona aún desconocida. Los nativos dicen que allí no hay nada. Sólo hay pantanos peligrosos e impenetrables que seguramente se extienden hasta la frontera con la Angola portuguesa, y quizá más allá. Cualquiera que se haya aventurado por allí ha tenido que regresar, y de algunos no se ha vuelto a saber nada. Nadie sabe qué ha sido de ellos”.

## **7. Un nuevo itinerario**

El asunto seguía atormentando a Gatti. Pensaba en ello, se desvelaba y discutía el asunto una y otra vez con sus colaboradores. Al final, en contra de sus planes anteriores, decidieron enviar toda la caravana hacia el sur, a través de un tramo de territorio desconocido, antes de llegar finalmente a Natal a través del Transvaal y Suazilandia. No era una decisión fácil: cómo atravesar una región pantanosa sin carreteras, con una caravana muy cargada y coches de acampada, antes de continuar el viaje por las inhóspitas mesetas de Kawandi y Mankoya, en Barotseland, hasta las tierras bajas del río Zambesi. Allí planeaban llegar a la ciudad de Lealui. Era la residencia oficial de Yeta III, entonces rey de los barotse. Gatti ya lo había conocido en un viaje anterior.

Y Gatti pensó que era el único hombre que podría ayudarles en su exploración posterior.

Además, esperaba que Skaimunga estuviera muy satisfecho con el cambio de itinerario. Pero no parecía ser así en absoluto. De hecho, parecía que Skaimunga intentaba evitar a Gatti. Tal vez temía que le hiciera demasiadas preguntas y demasiado difíciles, igual que no había entendido aquellas odiadas preguntas del pequeño francés sobre esmeraldas y diamantes. Gatti decidió dejar solo a Skaimunga durante un rato. Este muchacho, por cierto, estaba haciendo un trabajo excelente. En cuanto la caravana se detenía en algún lugar, se le veía partir con su lanza, su arco y sus flechas en la mano. Y no mucho después regresó, cargado de caza para todo el campamento.

El viaje continuó hacia Laelui, la capital indígena de Barotselandia. No fue fácil. El terreno bajo y más o menos llano del valle de Barotse estaba casi completamente bajo el agua. Se convirtió en una laboriosa búsqueda cómo guiar los carros a lo largo e incluso a través de los numerosos y profundos charcos. De vez en cuando un camión se quedaba atascado, por lo que otro tenía que reflotarlo, si es que no se metía en problemas él mismo. Durante el primer día en la llanura inundada, la caravana sólo había recorrido una distancia de 22 km en 14 horas. El segundo día sólo avanzaron 9,5 km.

Finalmente, consiguieron llegar a la aldea de Lealui. Allí fueron recibidos hospitalariamente por el rey Yeta y algunos de sus cortesanos y hechiceros. Cientos de guerreros salieron de sus chozas y se reunieron alrededor de los viajeros, alzando sus lanzas para darles la bienvenida. Uno se imagina una serie de “chozas ambulantes”, una caravana de coches en 1928, apareciendo de repente en estos parajes desolados para un pueblo que apenas conocía la existencia del automóvil. Debió de ser especialmente impresionante.



Sin embargo, la alegre bienvenida se convirtió rápidamente en sorpresa e incluso en un silencio cargado cuando Gatti les pidió ayuda para navegar por el río Zambeze con sus canoas y remeros. Gatti quería llegar a la confluencia de los ríos Zambesi y Lungwebungu y luego remontar el Lutembwe a través de los numerosos y peligrosos pantanos.

Intentó suavizar un poco el ambiente entregando algunos regalos al rey y a sus mayores, dejando claro que el rey los recibía de forma totalmente desinteresada y que no tenía que dar nada a cambio.

Yeta respondió con contenida gratitud. Luego dijo que su tribu quería honrar a todos sus visitantes con un gran baile esa misma noche, y ello en cuanto dejara de llover. Inmediatamente después, también dio a algunos de sus empleados una orden en un idioma extranjero, a lo que éstos se apartaron de inmediato. Gatti se preguntó qué significaría aquello. Momentos después, dio las instrucciones necesarias a su personal para que aparcaran bien los vehículos, montaran el campamento y ordenaran las tiendas. Por casualidad, se fijó en dos grandes embarcaciones -le parecieron barcos estatales- que partían a toda velocidad desde el pie de la colina en dirección sureste. “¿Adónde van esas canoas?”, preguntó al rey. “¿Y por qué tanta prisa?”. Yeti, sin embargo, no quiso responder a esto.

Esa noche, cuando dejó de llover, la tribu bailó la prometida danza de bienvenida y se produjo otro intercambio de elaboradas cortesías y regalos. Entre los regalos del rey había un par de jóvenes risueñas que querían servir, pero que Gatti rechazó amablemente. Además, se les

obsequió con leña, leche, cabras y gallinas, que aceptaron en agradecimiento. Cuando la fiesta tocaba a su fin, Gatti seguía sin saber por qué habían zarpado los dos barcos. Sin embargo, esto le quedó especialmente claro a última hora de la tarde, porque de repente oyó que alguien se acercaba por detrás y decía en inglés y con voz culta británica: “Queremos que se abstengan de viajar por los grandes pantanos.

Ahora Gatti tenía claro adónde había enviado Yeta las dos canoas con tanta prisa, a Mongu. Las canoas habían recorrido una distancia de siete millas a través de las llanuras inundadas para ir a buscar al único hombre que podía persuadirle de abandonar sus planes de viaje: el comisario provincial de Barotselandia. “En los dos últimos años”, empezó diciendo, “siete hombres blancos se han adentrado en los pantanos para excavar en busca de recursos del suelo, cazar o hacer tratos comerciales con los nativos. Unas semanas después, estaban allí de nuevo: enfermos. Uno a uno, murieron de una fiebre desconocida para nosotros. Ninguno de nuestros médicos pudo curarlos. Otros también fueron en esa dirección, pero nunca regresaron y nadie volvió a saber de ellos. Por lo tanto, cerrar esta zona a los blancos.



### **8. Hasta Semusha, ¡no más!**

Obviamente, a Gatti y a su equipo les costó oírlo. Entonces, ¿acaso él y su equipo no eran exploradores? ¿No disponía del equipo más adecuado y de los hombres blancos mejor entrenados para ello? ¿Seguro que también había un médico en su grupo? Y tener la oportunidad de que le permitieran inscribir una mancha blanca en el mapa era, después de todo, un objetivo importante del viaje. Gatti le sugirió que firmara una declaración en la que absolvía de antemano al comisario provincial de toda responsabilidad y eximía al gobierno de cualquier culpa en caso de

que algo le ocurriera a Gatti y a su equipo. El comisario se lo pensó un momento. También pensó que había algo que decir sobre los argumentos de Gatti, pero desde luego no quería acabar con ellos. Finalmente, dijo: “Si prometes no ir más allá de Semusha, te permitiré a ti y a los remeros que necesites llegar hasta allí. Entonces incluso os daré toda la ayuda que necesitéis.

A Gatti, aquella propuesta le pareció mejor que nada, así que aceptó la oferta. “Tienes nuestra palabra de que no iremos más allá de Semusha”, prometió. “No mientras ocupes este puesto”, añadió con suavidad. Con esta última ocurrencia, quiso disimular un poco su decepción. “Cumpliré su promesa”, respondió el comisario, “pero sepa que ocuparé este puesto varios años más”. “Le enviaré a mis ayudantes esta noche”, concluyó, “con la misma canoa que ahora me lleva de vuelta a Mongu”.



Gatti consideró qué era posible, quién iría con las canoas y quién se quedaría en el campamento. Estaba claro que el viaje no era factible con los coches. Los vehículos ya habían sufrido tanto durante los últimos días en la ruta, que era tan difícil, que había que revisarlos y repararlos mucho. Supuso que harían falta fácilmente dos semanas antes de que todo volviera a estar en orden. Además, se había recogido tanto material en el viaje que no querían arriesgarse a dañar gran parte del que ya tenían debido a la elevada humedad que reinaba en los pantanos. Entre otros, estaban las numerosas películas que habían captado la vida de bastantes tribus, y los más de diez mil negativos que también tenían que sobrevivir al viaje sin sufrir daños.

Por otra parte, calculó que el viaje en canoa hasta Semusha también podía llevar hasta dos semanas. Así que todo salió bien. Gatti, Skaimunga y 12 remeros designados por el rey Yeta se sentarían en una



canoa, el médico del campamento y alguien designado por el comisario se sentarían con otros 12 remeros en una segunda canoa. Por último, una tercera canoa, la mayor de las tres, estaba tripulada por 14 remeros y contenía el equipaje y los víveres. Y los demás miembros de la expedición podían ocuparse de revisar y reparar los carromatos. Se hicieron todos los preparativos necesarios, y el 1 de febrero partieron las canoas, para un viaje de 75 millas por el Zambeze y luego unas 50 millas más por el Lutembwe, hacia Semusha.

### **9. Un viaje terrible**

El 2 de febrero, Gatti anotó en su diario que no había visto más que agua en todo el día: el agua del río y el agua de la lluvia incesante. Estaban empapados hasta la piel y durante todo el día se vieron acosados por enjambres de mosquitos. Incluso los días 3, 4, 5 y 6 de febrero, eso fue todo lo que se pudo registrar de su viaje. El 7 de febrero, el tiempo apenas cambió, pero Gatti añadió en su diario que tenía los músculos acalambrados por estar sentado en la canoa en la misma posición todo el tiempo. Además, un hipopótamo había nadado por debajo de la canoa en la que estaba sentado el doctor, y había volcado la embarcación con todo y viento. El cansancio, el frío y la ropa empapada hicieron que el médico enfermara gravemente. Gatti menciona que el hombre tenía más de 41 grados de fiebre. No pudo precisar cuánto, ya que era el máximo que podía indicar el termómetro.

Aquella tarde, a las 16.00, llegaron a un pequeño asentamiento llamado Noyo, donde pudieron recuperar el aliento en el pueblo. El jefe de la aldea sabía de su llegada, aunque Gatti no comprendía que lo supiera. No había oído ningún tamtam a lo largo del camino que pudiera haber anunciado su viaje, y no se había visto a ningún nativo por el camino. El jefe de la aldea les proporcionó una cabaña bastante grande y alta, donde se instalaron. Gatti también había empezado a sufrir la fatiga del viaje. El 10 de febrero, según su diario, apenas recordaba lo que había sucedido tras su llegada a Noyo. También le había subido la fiebre y empezó a delirar.

Resultó ser un tipo especial de fiebre del pantano. Había una regularidad. Uno tenía fiebre demencialmente alta durante tres días, los tres días siguientes disminuía, pero uno se sentía increíblemente cansado, luego seguían tres días en los que uno volvía a sentirse relativamente bien, tras los cuales todo el ciclo volvía a empezar, con el

peligro de debilitarse un poco cada vez. El único que realizaba muchas tareas sin descanso y con gran dedicación era Skaimunga. Parecía inmune a esta peculiar fiebre.

Cuando Gatti y el médico se hubieron recuperado un poco, Skaimunga aseguró a Gatti que tenían que seguir hacia Semusha. Por fin llegaron a ese lugar el 14 de febrero. No parecía más que una pequeña y patética aldea habitada por nativos poco amistosos. Casi todos los viajeros estaban agotados y enfermos; habían tenido que luchar contra cocodrilos, hipopótamos, leopardos y serpientes. La lluvia persistente, durante días y días, también abatió especialmente a todo el mundo. Por si fuera poco, veintidós de los treinta y ocho remeros se pusieron tan febriles que murieron. La mayoría estaban en una u otra fase de esta fiebre de los pantanos, mientras que otros, a causa de la fatiga, apenas podían hacer nada. “Que nuestro viaje por el agua se completaría en quince días, podríamos olvidarlo por completo ahora”, musitó Gatti.

“Esta noche”, recoge su diario el 5 de marzo, “el jefe de Semusha vino a decirme que los tamtams lejanos le habían comunicado que el comisario provincial estaba muy enfermo, y que todo el mundo estaba preocupado por nosotros y nos habían pedido que volviéramos inmediatamente. A su vez, el jefe había dado a conocer nuestra situación y había pedido refuerzos para que nos recogieran. Enseguida recibió la respuesta de que una gran canoa había partido hacía una semana, pero que los hipopótamos la habían volcado y todos los que iban a bordo habían sido devorados por los cocodrilos y ahora nadie se atrevía a venir a ayudarles”. El jefe instó a Gatti a que dejara con él a los remeros enfermos y, con una sola canoa, emprendiera el viaje de vuelta. Sólo un hombre permaneció sano y activo todo el tiempo, pasando de forma totalmente inesperada y muy peculiar a desempeñar un papel vital en su existencia: Skaimunga. Pero aún no hemos llegado a ese punto.

### **10. Un sueño penetrante**

Durante los seis días siguientes, Gatti estuvo demasiado enfermo para anotar una sola palabra en su diario. Los ciclos de fiebre del pantano les habían agotado tanto a él y al médico que estuvieron casi constantemente en coma. Cuando Gatti despertó el 13 de marzo, por fin se sentía un poco mejor. El médico tampoco parecía tener fiebre. Pero había algo muy extraño en él. Con una mirada inusual, miró fijamente a

Gatti y le dijo: “He tenido un sueño. Vámonos”. “¿Adónde vamos?”, preguntó Gatti asombrado. “Al lugar que vi en mi sueño”, dijo impaciente. “Está en esta colina, a sólo cuatrocientos metros de aquí. En las piedras de granito hay hermosas pinturas antiguas de bosquimanos. Vayamos allí”. “¿Te encuentras bien de la cabeza?” exclamó Gatti sorprendido. “Tú, que con incesante escepticismo nunca has creído en nada real, ahora de repente tienes tu sueño por realidad”. “Sí, es real” aseguró el médico, “también sé que suena extraño, pero lo que vi en mi sueño existe de verdad”.

Allí llegó por casualidad el jefe de la aldea.

“Sabes”, dijo el médico, “se lo diré”.

“Eh, jefe de aldea”, llamó, “¿puedes llevarnos a esas grandes piedras de granito, que están al otro lado de esta colina, donde encontrarás fotos muy antiguas de gente cazando animales?”.



El jefe de la aldea se quedó con la boca abierta. “Ningún Musungu conoce esto”, dijo, y además todos los de la tribu rehúyen este lugar. Nuestros antepasados nos dijeron que allí moran espíritus malignos, y ningún hombre blanco ha llegado tan lejos. ¿Cómo puede hablar ahora el hombre blanco como si ya hubiera visto ese lugar? Y si es así, ¿por qué me necesita como guía?

Gatti apenas pudo ocultar su sorpresa ante la respuesta del jefe de la aldea. Qué curiosa coincidencia. Rápidamente se reagrupó y, para evitar que el médico confundiera aún más al jefe de la aldea, dijo: “Sepa que el médico blanco nunca estuvo realmente allí, pero los espíritus de sus antepasados le contaron todo esto anoche en un sueño.”

Esta explicación parecía tener mucho más sentido para el jefe de la aldea, que suspiró aliviado. “Si los antepasados de Musungu se tomaron

tantas molestias para contarle todo eso”, continuó el jefe de la aldea, “le protegerán cuando vaya a las grandes piedras”. Y continuó dando la noticia a toda su tribu. El efecto no se hizo esperar. La sorpresa inicial se convirtió en alegría general. Tal vez los espíritus malignos que allí residen no sean tan poderosos como los antepasados de los Musungu, después de todo, supusieron. Y ahora todo el pueblo quería ir allí.

### **11. Pinturas rupestres antiguas**

“Bien”, concluyó Gatti, “vamos a verlo, cuatrocientos metros no está tan lejos”. Y todos le siguieron. Y efectivamente, las piedras de granito eran exactamente como las había descrito el doctor, pero no había ninguna imagen en ellas. “Estoy seguro de que tiene que haberlas”, gimió el doctor, y empezó a quitar con sus propias manos la hierba que cubría parcialmente las piedras. Como seguía sin aparecer ningún dibujo, empezó a quitar incluso la tierra que cubría parcialmente las piedras. Y sí, en menos de 10 minutos salieron a la luz los primeros dibujos, y mientras seguía excavando aquellas piedras, aparecieron más. Claramente reconocibles eran un antílope con cuernos y un hombre disparando una flecha con su arco. Eran asombrosamente realistas.

“Eso es justo lo que vi en mi sueño”, dijo un médico entusiasmado. Y momentos después, encontró la imagen de siete antílopes más y tres cazadores. También aparecía una palmera, un árbol extinguido en esta zona desde hace miles de años. Gatti tomó fotografías de todos estos maravillosos dibujos.

En el sur de Rodesia (nota: ahora Zimbabue), este tipo de pinturas rupestres antiguas no son infrecuentes, pero en el norte, el mundo exterior no sabía nada en absoluto de su existencia, y son hasta ahora las primeras y únicas pinturas rupestres descubiertas en el norte de Rodesia.

Al anoecer, cuando el gran entusiasmo por este descubrimiento se había calmado un poco, Gatti y el doctor empezaron a sentir de nuevo las fatigas de los esfuerzos de los días anteriores. Skaimunga vino a decirle que ya era hora de que Gatti se fuera a la cama. La fiebre del pantano comenzó otro ciclo ese día, 14 de marzo. Poco después, Gatti cayó en un sueño casi mortal.

El sol ya estaba alto en el cielo cuando, con cierta dificultad, volvió a abrir los ojos. Sabía que había estado delirando, pero había perdido la noción del tiempo. Vio a Skaimunga entrar en la tienda, acercarse al calendario diario y arrancar una hoja. Gatti le había enseñado a hacerlo todos los días. Para su sorpresa, vio que el calendario indicaba el 19 de marzo. Intentó pensar: 19, 18, 17, 16, 15, 14.... Así que habían pasado cinco desde que Skaimunga había insistido en que se fuera a la cama.

“Sakimunga”, preguntó Gatti con voz debilitada, “¿dónde está el otro Musungu, el médico?”. “En su tienda”, respondió el muchacho. “Pero sigue tan enfermo que su mente aún no ha dejado de hablar por la boca. Los remeros también están todos muy enfermos”. El médico aún tiene fiebre delirante, comprendió Gatti, y se preguntó angustiado si sobrevivirían a todo esto y si el descubrimiento de unos petroglifos tan antiguos merecía todas estas penurias.

## **12. *Bapuka habla.***

Skaimunga siguió mirando a Gatti con cierta vacilación, pareció dudar un momento y, de pronto, dijo: “Musungu, anoche tuve un sueño. Durante todo nuestro viaje a Lealui, intenté desesperadamente oír aquella voz lejana. Pero los oídos de mi mente no estaban lo bastante tranquilos. Había mucho trabajo, demasiados enfermos a los que atender, y esa voz lejana se debilitó tanto que ya no pude oírla. Pero ayer, a última hora de la tarde, cuando todo el campamento estaba especialmente tranquilo, volví a oír la voz de Bapuka. Antes de irme a dormir, pensé en ella muy intensamente, y mi deseo más ferviente era que volvieras a estar bien. Y sí, poco después, la oí muy claramente. Hablaba de ti y del otro Musungu. Dijo que para salvar tu vida y la del doctor y tus remeros, debías venir conmigo, los dos, y todos solos en una pequeña canoa, para un viaje de dos soles. Debemos partir hoy”

A Gatti le costó un poco darse cuenta de lo que le había dicho Skaimunga. ¿De verdad tenía que tomarse en serio aquellas palabras? En su lamentable estado y al borde de una fiebre delirante, ¿de verdad tenía que sentarse en una canoa durante dos días, dejar solos a sus debilitados ayudantes por un simple sueño y embarcarse así en un viaje hacia lo desconocido? Cualquiera persona bien pensante le diría que se trata de una empresa absolutamente idiota de la que casi con toda seguridad no regresará.

Por otro lado, ¿qué opciones había? Todos estaban enfermos y cada día más débiles. Así que el viaje no podía continuar. Tampoco fue la primera persona que llegó trotando con lo que parecía una historia idiota. Fue Skaimunga. ¿Podrías ignorar su consejo? Aunque pareciera una última oportunidad desesperada, Gatti sintió que debía aceptarla.

Parecía lo mejor que podía hacer para salvar a su pueblo. Recordó además su promesa al comisario provincial de no ir más allá de Semusha. Pero Skaimunga le dijo que podía ir sin faltar a su palabra. Los tambores que le habían despertado le habían dicho que el Hombre Blanco del gobierno había muerto de fiebre del pantano en el pequeño hospital de Mongu la noche anterior.

Gatti lo pasó mal. El hombre le había advertido de tantos peligros. Por otra parte, se sentía liberado de su promesa, y la muerte del hombre blanco también dejaba claro el destino que podrían correr sus ayudantes si Gatti se resignaba a su situación y no hacía nada en absoluto. Viendo de repente que toda la situación estaba preparada, se levantó trabajosamente de la cama y empezó a prepararse para el viaje.

### **13. No sé adónde ir, Musungu.**

“¿Hacia dónde dijo Bapuka que debíamos navegar?” preguntó Gatti a Skaimunga, “¿Y qué debemos hacer allí cuando apenas puedo sostenerme sobre mis piernas?”. “Eso no lo sé Musungu” respondió Skaimunga. “Pero tenemos que ir en esa dirección”. Y volvió a señalar hacia el oeste.

“¡Es la historia más extraña que he oído!” murmuró Gatti, “pero vayamos a las canoas”. “Todo está listo”, dijo Skaimunga, “por aquí, Musungu”. Cansado, Gatti se dirigió hacia el río, apoyado en su mejor chico.

La canoa era pequeña, pero había espacio suficiente para una de las sillas plegables de Gatti, que Skaimunga había sujetado firmemente a la embarcación con cuerdas. También había colocado una gran lona sobre la canoa para que pudieran protegerse de aquella miserable lluvia. Además, la barca estaba provista de suficiente comida, y en el centro se había colocado un robusto cuenco de barro en el que Skaimunga había encendido un pequeño fuego para que ambos pudieran calentarse un poco de todos modos.

Gatti se sentó en su sillita y miró un poco más a su alrededor. “¿Dónde está tu lanza y dónde mi fusil?”, preguntó. “Los que esperan la vida”, respondió Skaimunga, “no pueden llevar consigo al mismo tiempo las armas de la muerte”. Dio un empujón a la canoa y se metió en ella con cuidado. La barca se deslizó suavemente por el río.

Skaimunga no paraba de remar y la barca se deslizaba suavemente hacia el agua. El monótono chapoteo de las gotas de lluvia sobre la vela, la lejana fatiga y el reconfortante calor del fuego, hicieron que Gatti se sumiera muy pronto en un profundo y tranquilo sueño. Cuando volvió a abrir los ojos al día siguiente, ya era tarde. Había dejado de llover y el sol se asomaba cautelosamente entre las nubes neblinosas como una bola tenue aún brumosa. Musungu”, Skaimunga interrumpió la monótona remada, “estamos cerca.

“¿Cerca de qué?”, preguntó Gatti.

“Cerca de donde Bapuka nos lleva.

Gatti se preguntaba cómo Skaimunga podía estar tan seguro de su dirección. En repetidas ocasiones, su chico se veía obligado a desviarse de su rumbo para evitar cocodrilos o montones enteros de ramas flotantes. Además, el pantano estaba plagado de pequeñas islas flotantes que tenía que rodear cada vez.

“¡Mira Musungu!”, susurró. “Mira, allí, justo debajo del sol.”

Gatti vio a lo lejos algo parecido a un horizonte ondulado, que parecía indicar que allí debía de haber tierra firme.

#### **14. El humo sale de muchas cabañas**

“Humo”, dijo Skaimunga con entusiasmo. “Sale humo de muchas chozas.

Gatti no vio inmediatamente el humo, pero si realmente estaba allí, tal vez significaba que debía de vivir gente.

“Musungu”, continuó Skaimunga, “levanta las manos para demostrar que no vas armado.

Gatti hizo lo que su chico le pidió. Skaimunga hizo lo mismo. Ambos vieron salir humo de detrás de las cabañas. Pero aún no se veía nada de los habitantes.

De repente, el compañero de Gatti gritó tan alto como pudo: “¡Soy Skaumungaaa! Estoy aquí con mi Musungu, ¡como quiere Bapuka!”. Nadie respondió. Skaimunga remó un poco más, hasta un lugar donde había algunas canoas amarradas contra la orilla.

Entonces, sus gritos fueron súbitamente respondidos: “Sólo aquellos que hacen lo que se les pide pueden amarrar aquí con seguridad”. Y allí, un anciano alto se acercó lentamente. De él emanaba algo solemne. En la cabeza llevaba una corona de plumas escarlata. Miró a los dos inquisitivamente. “Bienvenido, Musungu”, continuó. “Se os esperaba”. Y lanzó a Skaimunga una mirada pensativa, un tanto curiosa, pero entrañable.

“Este es Skaimunga”, comenzó Gatti cuando ambos hubieron bajado de la canoa. “Es un hombre muy bueno y un ayudante leal en el que no se esconde maldad alguna”. Con una sonrisa innatamente amable, el hombre respondió: “Estoy plenamente convencido de ello”. Y continuó: “De los súbditos de Bapuka, yo soy su más alto servidor”. Gatti dedujo de ello que debía de tratarse de algún tipo de sacerdote principal o hechicero poderoso. Ahora también aparecieron otros aldeanos, hombres, mujeres y niños. Y curiosamente, algunas de las mujeres se habían pintado la cara de blanco.



“Sin saberlo”, continuó el hombre, “tú, hombre blanco, has curado las heridas de Bapuka”. Y aunque Gatti aún no le había hablado de su situación y de la de sus compañeros enfermos, el hombre continuó: “Curaré tu enfermedad y la de tus compañeros de viaje. En cuanto recuperes las fuerzas, deberás partir de nuevo para ayudarles. Porque los que han recibido el antídoto de Bapuka se curan después para siempre de la fiebre del pantano”.

Luego dio órdenes a tres de sus súbditos que Gatti no entendió. Al observarlos más de cerca, se dio cuenta de que llevaban aros en las orejas, casi como los que llevaba Skaimunga, sólo que eran mucho más



grandes. La forma en que llevaban el pelo también era similar a la de Skaimunga.

El mago pidió a Gatti y Sakimunga que le siguieran y les condujo hasta la estrecha entrada de una cueva. Sus ojos tardaron un rato en adaptarse a la oscuridad. Una tenue luz caía por una pequeña abertura en las rocas. Gatti y Skaimunga vieron ahora que se encontraban en un espacio circular de unos 15 metros de ancho y alto. En el centro había una estatua de 3,5 metros de altura. Allí estaban también los tres hombres a los que se les había encomendado una misión. Despertaron un fuego que ardía suavemente justo delante de la estatua, que ahora estaba mucho mejor iluminada gracias a ello. Gatti y Skaimunga pudieron contemplarla en todo su esplendor: era una talla primitiva pero impresionante. En voz baja, con un nudo en la garganta, Skaimunga susurró: “Musungu, ése es Bapuka. Así es como siempre los he visto en mis sueños”. Era como si quisiera decir algo más, pero no encontraba las palabras. Fue como si en segundos viera pasar a su lado toda su difícil vida de joven y comprendiera que sus calvarios por fin habían terminado. Luchó un momento contra las lágrimas, se recuperó lentamente, inspiró y espiró profundamente unas cuantas veces y siguió contemplando la imagen con un asombro indescriptible durante un buen rato.

Gatti también estaba conmovido. Apenas podía creer lo que veía. Nunca antes había oído que los habitantes de esta parte de África adoraran a una diosa semejante y que pudieran representarla en una obra de arte tan grande y hermosa.

Fue el mago el primero en romper el silencio. “Musungu”, empezó con voz pesada, “han pasado diez lunas llenas tres veces desde el día en que los traficantes de esclavos árabes llegaron aquí con el viejo rey barotse y afirmaron ser amigos nuestros. Pero sus corazones eran falsos, llenos de malicia y astucia. Vinieron a matar a nuestras mujeres, a secuestrar a nuestros niños y hombres y a venderlos como esclavos. Entonces juramos que mataríamos a cualquiera que se atreviera a acercarse de nuevo a nuestra aldea.

### **15. *Bapuka también me envió sueños***

Como si fuera una corazonada, Gatti se oyó decir de pronto: “Juro que nunca traeré a otros aquí”. “También es el deseo de Bapuka”, asintió el mago. Y con una voz que delataba una profunda emoción, repitió: “Diez veces diez lunas han pasado tres veces. Tanto tiempo ha pasado desde

que mi viejo padre fue asesinado por los hombres falsos. Y cuando defendí a mi único hijo, casi me matan. Pero no lo consiguieron. Bapuka, la diosa del amor y de la vida, me curó”. Hizo una pausa.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. “Y me prometió que un día me devolverían a mi único hijo, que fue secuestrado junto con mi esposa herida. Y Musungu, también Bapuka me envió sueños. La noche anterior a este día, vi acercarse a un hombre amistoso y desarmado, acompañado de un joven negro desarmado. Musungu, Bapuka no puede equivocarse. Tú eres el hombre blanco. Todas sus bendiciones te protegerán porque sin sospecharlo has curado su herida, la mía y la de mi hijo, mira, has traído de vuelta a mi hijo perdido”. Esperó un poco y continuó: “Debo enseñarle los antiguos secretos, los poderes mágicos del culto de Bapuka, para que pueda servirla después de mi muerte. Como hizo mi padre. Y el padre de su padre. Y una larga, larga línea de nuestros antepasados antes que él

Luego agarró a su hijo con fuerza y continuó: “Ahora ya no es Skaimunga, sino que se llama Ingulu. Mira”. Y con una mano ligeramente temblorosa, señaló los tatuajes aplicados en el cuerpo de su hijo y los mismos que también adornaban la estatua de madera de Bapuka. “Me los apliqué yo mismo en la piel de mi hijo cuando tenía seis meses, dijo.

“Ingulu”, se repitió Gatti en voz baja, en su idioma podría significar el que ha renacido. Menos mal que los miembros de su tribu llaman así al hijo que ha regresado. Pero le conozco como Skaimunga desde hace mucho tiempo y es ese nombre el que me trae tantos recuerdos. Para mí, sigue siendo Skaimunga.

## **16. Un montón de hojas secas de color verde claro**

“Tres veces diez veces diez lunas o trescientas lunas ha echado de menos a su hijo”, pensó Gatti. “Eso suma unos veinticuatro o veinticinco años. En aquella época, a principios de siglo, Rodesia aún era un país completamente salvaje donde imperaba la ley de la selva y los esclavos aún se comerciaban como mercancías.”

Poco después, llegaron unos criados del jefe con un cesto que contenía un montón de hojas secas de color verde pálido, que se parecían

un poco a la salvia pero desprendían un olor fuerte y amargo, y se lo entregaron a Gatti. Entonces el jefe volvió a tomar la palabra: ““Todos los días al atardecer, tú y tus enfermos debéis masticar una hoja como ésta, hacerlo muy despacio y masticarla hasta que no quede casi nada en la boca. Hacedlo durante nueve días y luego continuad vuestro viaje. Estas hojas crecen sólo cerca de nuestra aldea, por lo que son muy raras. Esto es todo lo que puedo darte. Aquí, toda mujer embarazada debe tomar un poco a diario, no sólo hasta que nazca su hijo, sino también durante los nueve meses siguientes, cuando esté amamantando. Así su hijo estará siempre protegido contra la peligrosa fiebre de los pantanos”.

Poco a poco se iba haciendo de noche. Había vuelto a llover. El jefe le llevó a una gran cabaña vacía donde ardía un fuego y se había preparado una deliciosa comida. Después de cenar, Gatti no tardó en conciliar un sueño profundo y placentero. Cuando se despertó a la mañana siguiente, lo primero en lo que pensó fue en la medicina para la fiebre del pantano. Así que cogió una hoja de la cesta y empezó a masticarla lentamente. Cuando terminó de hacerlo un poco más tarde, pareció que una fuerza perdida hacía tiempo volvía a su cuerpo, su mente se llenó de pensamientos nuevos y claros y su corazón se fortaleció con sentimientos esperanzadores. Algo muy profundo dentro de él le daba la certeza interior de que todo sanaría y que toda su expedición concluiría con éxito. ¿También él sentía ya las bendiciones de Bapuka?

### **17. Aún quedan palabras por decir.**

Poco después, el jefe de la aldea apareció en la cabaña de Gatti. “Acaba de nacer el día”, dijo en tono digno, “pero antes de que partáis hacia vuestros compañeros de viaje en Semusha, hay unas palabras que deben decirse.

“Mi hijo -comenzó- me abrió su corazón. También me contó las miserias de su pasado. Sus sufrimientos fueron grandes y numerosos. Pero justo cuando estaba a punto de morir, tú le salvaste. Cuando se sintió perdido, le liberaste. Todo el tiempo que estuvo contigo, fuiste su padre amoroso. A partir de ahora, Bapuka será una madre amorosa para ti. Si las cadenas te atan, Bapuka te liberará. Si tu vida está en peligro, Bapuka te salvará”. Y con un gesto regio y tierno, ofreció a Gatti una pesada estatua de madera. Gatti la miró y la volvió a mirar. Apenas podía creer lo que veían sus ojos. Era una réplica exacta, de 35 cm de altura, de la estatua de la diosa Bapuka que había visto en la cueva.

El jefe de la aldea esperó un momento. Luego continuó: “Esta es la única estatuilla de Bapuka que existe. Ella misma me ha ordenado que te la dé. Su bendición te acompañará siempre y en todas partes, y también a todos los que te rodeen con su amor”.

Gatti intentó darle las gracias, pero ya no pudo pronunciar palabra. La emoción había llegado a ser demasiado fuerte para él. Afortunadamente, el anciano comprendió enseguida que era la confusión de la inmensa gratitud lo que impedía a Gatti hablar. “Ve ahora con tus amigos enfermos”, decidió, “te necesitan”, y se dirigió con paso firme hacia el río.

Gatti aún no se había recuperado de su sorpresa. Haciendo caso al deseo del hombre, cogió su casco, la cesta de hojas y le siguió hasta la canoa. Allí encontró a Skaimunga preparando diligentemente la embarcación para partir. Ordenó a uno de sus miembros que remara de vuelta con Gatti. Él mismo, como era de esperar, se quedaría con su padre. Otros dos miembros de su tribu le seguirían en una segunda canoa. Gatti sabía que el momento de la despedida sería difícil.

“Que la paz os acompañe siempre”, dijo Gatti al jefe de la aldea. Éste asintió con aprecio y amabilidad. Luego miró a Skaimunga. Con lágrimas en los ojos, Gatti le tendió la mano. Skaimunga las agarró con ambas manos y las apretó con fuerza contra su corazón. Ninguno de los dos pudo pronunciar una sola palabra. Durante un largo segundo -Gatti nunca olvidaría aquella mirada- se miraron a los ojos. Luego Gatti apartó la cabeza y subió a la canoa.

Sólo cuando el río hubo arrastrado la barca unas decenas de metros río abajo, Gatti oyó las últimas palabras que Skaimunga aún le dirigía: “¡Musungu, que la paz y el amor de Bapuka te acompañen siempre!”. Apenas pudo reprimir sus emociones y casi llorando pronunció sus dos últimas palabras: “¡Para siempre!”. Gatti miró en su dirección todo el tiempo y asintió suavemente con la cabeza. Luego se llevó las palmas de las manos al corazón y las mantuvo allí. El caudaloso río aumentó rápidamente la distancia que los separaba. Siguieron mirándose hasta que un recodo del río los apartó de los ojos del otro.

El viaje de vuelta transcurrió sin contratiempos. Gatti distribuyó las hojas secas que recibió del jefe de la aldea entre sus compañeros de viaje enfermos. Todos se recuperaron. Pero además, recibieron una dosis extra de energía con la que pudieron volver a trabajar en el estudio científico de la flora y la fauna locales. Su descripción de las diversas tribus de Semusha, Noyo y Lealui también progresó. Asimismo, describieron el curso del río Zambeze, en aquella época una zona aún prácticamente desconocida. Como había prometido, nunca reveló el lugar donde residían los adoradores de Bapuka. Su papel, sin embargo, estaba mucho de haber terminado para Gatti.

### **18. ¿Y después?**

Gatti cuenta que en sus numerosos viajes por África se encontró en muchas situaciones de peligro para su vida, de las que escapó cada vez de forma extraordinaria. En 1931 se trasladó a Nueva York, donde conoció a Ellen, con la que se casó y que le acompañó en todos sus viajes por África. Cuando más tarde ambos se fueron a vivir a Lugano (Suiza), junto al lago del mismo nombre, la estatua de madera de Bapuka -que adorna la portada de este texto- ocupó un lugar de honor en su salón, en un nicho especial, en medio del armario donde se guardaban todos los libros que habían escrito sobre sus viajes, junto con sus traducciones. Para que la estatua no se cayera, Gatti la dotó de un pesado pedestal de madera maciza africana.



---

<sup>2</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=bvPff7Zg9Lc>

Pasaron los años. Gatti dice que el matrimonio era muy feliz. Unos 30 años después, Ellen cayó gravemente enferma. En su vejez había expresado más de una vez dos deseos. En primer lugar, no quería vivir más que Gatti, convencida de que una vida sin él sería demasiado vacía. Y después, cuando llegara su hora, esperaba no tener que sufrir mucho, para evitarle a él la agonía de tener que contemplarlo impotente.

A principios de septiembre de 1962, cinco minutos después de medianoche, el coma de Ellen, que había durado treinta y seis horas, llegó a su fin. Gatti escribe: “Cuando el último aliento, como un suave suspiro, salió de sus labios, me agaché y le di un último beso en la frente”. En ese momento, oyó el fuerte golpe de un objeto que caía. Se dio la vuelta y vio que la estatua de Bapuka se había caído y yacía hecha pedazos en el suelo. Gatti nunca encontró explicación a esta curiosa “coincidencia”. Concluye su libro preguntándose si podría haber sido una última palabra de Bapuka a los dos.

### **3. Epílogo**

Quienes -incluso hoy- poseen una sólida comprensión de esa peculiar parte de la realidad no califican este suceso en absoluto de coincidencia. Estas personas con dotes mánticas sostienen que el espíritu pagano de la naturaleza Bapuka invirtió todo su poder en su papel protector hacia la tribu que la venera, así como hacia Gatti y Ellen. Las religiones no trinitarias, dicen, se caracterizan por una “armonía de contrarios” bastante insidiosa. Son los propios fieles de tales religiones los que descubren que sus dioses no son de fiar. Tales seres ungen a sus adoradores, pero también los hieren, según sus caprichos. Por ejemplo, el dios principal griego Zeus dicta leyes a los griegos, pero engaña a su esposa Hera con mujeres mortales y viola a Leda, la esposa del príncipe espartano.

Espíritus de la naturaleza tan buenos como Bapuka, - tan clarificadores videntes concededores - son los picos éticamente buenos del iceberg de seres traicioneros que gobiernan el caos primordial. Bapuka agota por completo su fuerza vital con su función protectora y, una vez desautorizada, cae en manos de demonios cínicamente poderosos. Los seres como Bapuka, bíblicamente hablando, sólo están a salvo dentro de la protección de la Santísima Trinidad. Una vez fuera de este marco, por tanto, agotan por completo su fuerza vital. Lo que en la historia de Bapuka se manifiesta en la rotura material de su estatua de madera. Hasta aquí este punto de vista.

Como es natural, nuestra cultura desacralizada considera que estas historias y los muchos otros relatos de Gatti sobre sus viajes por África, al sur del ecuador, son el más puro disparate. Los numerosos libros que escribió, hace ya más de 60 años, son difíciles de encontrar hoy en día. A veces todavía se encuentran, pero no en la sección de “religión” ni en la de “Nueva Era”, sino en algún lugar entre la literatura infantil, junto a las historias de Winnetou y Ojo de Águila.

